

APARECIDA Y LA DIMENSIÓN MISIONERA DEL TRABAJO¹

FERNANDO BERRÍOS M.
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO
CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN

Introducción

Un vistazo general a la vida de la Iglesia en Latinoamérica y el Caribe hoy bastará para constatar con cuánta intensidad se ha estado acogiendo el llamado del documento de Aparecida a ser una auténtica comunidad de “discípulos misioneros”. Por doquier surgen las más diversas iniciativas para adherirse al gran proyecto de la Misión Continental a la que han llamado los obispos del continente. El ideal y el impulso misionero se ha renovado, definitivamente, en la conciencia eclesial latinoamericana.

Pero el punto decisivo es qué debe entender la Iglesia por “misión” hoy. El documento no elude el tema. La misión, se dice, consiste fundamentalmente en evangelizar, en transmitir una buena noticia, que es la buena nueva del Reino manifestado en Jesús; la buena noticia de la vida en plenitud que el Padre Dios nos ha dado en su Hijo, Jesús, el Cristo (nn. 30-32). Pero, claro, a través de toda su historia y en cada contexto cultural, la comunidad cristiana ha debido situarse adecuadamente para transmitir con eficacia ese contenido nuclear. Ha debido esforzarse por conocer y por entender en profundidad el mundo en que ha estado inserta, para poder anunciar el Evangelio de una manera inteligible y relevante. A este esfuerzo, precisamente, se aboca el capítulo 2 del documento, retomando el célebre método ver-juzgar-actuar.

Parte fundamental de un “ver” atinado de los cristianos de hoy es la constatación —para muchos difícil de aceptar, pero bastante evidente— de que el mensaje de Cristo debe proclamarse en una “nueva realidad social, plural, diferenciada y globalizada”, que exige encontrar “nuevas respuestas que den sustento a la fe y vivencia del discipulado” (n. 345). En este medio social, que no es ya, definitivamente, un contexto de Cristiandad sino un espacio amplio y diverso, la comunidad cristiana debe redefinir, junto con otras comunidades y formas de coexistencia, su rol y su lugar. La intuición fundamental de los obispos reunidos en Aparecida es que la Iglesia se reencontrará con el sentido más auténtico de su misión en el mundo en la medida en que se reencuentre con su identidad más profunda: la de ser, ante todo, una comunidad de “discípulos” de Jesús, vale decir, de personas cuya vida está fundada en la experiencia radical de un encuentro personal con Cristo. Ser Iglesia significará cada vez menos una experiencia de poder o de presencia institucional en la sociedad y en la cultura, y cada vez más una experiencia de testimonio personal vivido en el contexto de una comunidad que ilumina y sirve así al mundo en que está inserta.

Para algunos, todavía ligados en alguna medida a un modelo de autoconciencia eclesial constantiniana, esto puede parecer una pérdida o un retroceso del cristianismo en su inserción social. Pero para otros, partiendo por los pastores de la Iglesia latinoamericana y del Caribe, esta manera de entender a la comunidad creyente constituye una auténtica recuperación de una intuición fundamental del cristianismo en sus orígenes. Se da, por lo demás, en una línea de

¹ Artículo publicado en VV.AA., *Recibir y vivir Aparecida*, Cuadernos de Espiritualidad – Centro de Espiritualidad Ignaciana (CEI), N° 174 (2009) 42-52.

continuidad con las principales acentuaciones eclesiológicas del Concilio Vaticano II: una Iglesia que se redescubre, en el seno del mundo moderno, como el pueblo de Dios que peregrina en la historia entre los pueblos de la tierra (LG, capítulo II), para realizar su vocación más profunda de transparentar, “como un sacramento”, la voluntad salvífica universal del Padre Dios manifestada en Jesucristo y en el don de su Espíritu (LG, capítulo I). Por brotar del misterio de la comunión trinitaria, la Iglesia está llamada, en lo esencial, a ser signo e instrumento de comunión universal en el mundo, convocando a todos y, al mismo tiempo, respetando y aceptando a todos en la autenticidad más profunda de sus propias experiencias vitales (LG 13). Esta intuición cobra un sentido nuevo y cada vez más desafiante en el contexto descrito de un mundo crecientemente plural, diferenciado y globalizado.

Si la misión es ante todo evangelización, transmisión de una buena nueva, la del Reino manifestado en Jesús en la plenitud de los tiempos, entonces el primer desafío será auscultar hoy los “signos de los tiempos” (Mt 6,13), que piden ser reconocidos por los cristianos en bien de toda la humanidad² (GS. 4). El documento de Aparecida se refiere a algunas de estas manifestaciones: la buena nueva de la dignidad humana (nn. 104s), la buena nueva de la vida (nn. 106-113), de la familia (nn. 114-119), del destino universal de los bienes y de la ecología (nn. 125s) y, también, la buena nueva de la actividad humana, entendida como la experiencia universal del trabajo y como desarrollo de la ciencia y de la tecnología en favor de la vida (nn. 120-126).

Las presentes reflexiones quisieran responder a una pregunta de fondo que surge de aquí: ¿de qué manera y en qué sentido el trabajo humano, vivido con un sentido cristiano, puede tener una dimensión auténticamente misionera? Para responder, en primer lugar tendremos que referirnos a grandes rasgos a las bases de una comprensión teológica del trabajo, es decir, explicar cómo y por qué se ha de reconocer un significado y una relevancia específicamente cristiana a una actividad que a todas luces es más bien una experiencia humana universal (1). A partir de allí será posible esbozar una reflexión que muestre que el trabajo puede y debe tener no sólo una dimensión cristiana, sino también propiamente misionera: ¿en qué sentido la experiencia humana del trabajo puede ser “evangelizadora”? (2). Finalmente, se bosquejarán algunas reflexiones a modo de recapitulación de las principales intuiciones aquí señaladas y de perspectivas para seguir profundizando en el tema.

1. La dignidad del trabajo y su sentido teológico

El programa misionero de Aparecida se basa en la convicción, típicamente cristiana, de que no hay una separación sino, por el contrario, una íntima vinculación entre el anuncio del Evangelio y el empeño por hacer la vida humana más plenamente humana. “Con la alegría de la fe —nos dicen los obispos—, somos misioneros para proclamar el Evangelio de Jesucristo y, en Él, la buena nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación” (n. 103). El anuncio de la Palabra de Dios definitivamente pronunciada en la persona de Jesús no se reduce a la transmisión fiel de la autenticidad de su enseñanza —la *ortodoxia*—, sino que incluye también, con igual importancia, el testimonio de los creyentes a través de sus actitudes y acciones concretas en medio de la historia humana —la *ortopraxis*—. La fuerza misionera del trabajo y de toda actividad humana realizada por los cristianos se basa, en último término, en esa concepción unitaria e integral de la vocación

² Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes* (en adelante GS), 4 y 11.

cristiana en el mundo. A través de los siglos y partiendo por el testimonio del mismo Jesús, el Hijo de Dios criado en el seno de una familia de trabajo, el cristianismo fue descubriendo en lo concreto de la existencia humana toda la hondura de las implicancias del misterio de la Encarnación.

Por otra parte, la noción de que el trabajo “constituye una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra” (*Laborem exercens*, 4; DA, 120), no debe entenderse sólo a nivel personal-individual, sino también en el horizonte comunitario y social en que se inscribe la vocación del cristiano. Por ello es que la Iglesia ha llegado a descubrir, en medio de las concretas vicisitudes y de los conflictos de la vida económica en que se ha desarrollado la experiencia moderna del trabajo, que éste es probablemente “la clave esencial de toda la ‘cuestión social’” (*Laborem exercens*, 3).

Este descubrimiento, que está a la base de la enseñanza social de la Iglesia a partir de la primera encíclica social, *Rerum novarum* del Papa León XIII (1891), viene a poner fin a un malentendido que se mantuvo por mucho tiempo en el mundo cristiano y que consistió en considerar al trabajo como un “castigo” al que supuestamente habría sido sometido el género humano tras la caída de los primeros padres en el pecado (Gn 3). Esa interpretación no sólo desvalorizó del todo a la existencia activa del hombre en el mundo, por considerar a este simplemente como un “valle de lágrimas”, sino que además se prestó no pocas veces para legitimar, bajo un manto de seudoreligión, las penurias de la explotación de los que no tenían más que su manos y su capacidad de trabajo. Con gran fuerza profética y haciéndose eco de importantes movimientos de “catolicismo social” nacidos en la Europa del siglo XIX, el Papa León XIII se esforzó por hacer presente, en medio del conflicto social del régimen capitalista industrial, la dignidad del trabajo y lo inaceptable de la explotación a la que eran sometidos tantos hombres y mujeres en las grandes fábricas de entonces. En contra de la consideración del trabajo como una mera mercancía, la encíclica reivindicará el carácter *personal* del trabajo; y en contra de las falsas promesas de aquellos que el Papa consideraba unos embaucadores de las masas proletarias, subraya su carácter *necesario*. Personal, “en cuanto la energía que opera es inherente a la persona y propia en absoluto del que la ejerce y para cuya utilidad le ha sido dada”; y necesario, “por cuanto el fruto de su trabajo le es necesario al hombre para la defensa de su vida” (*Rerum novarum*, 32).

A partir de ese gran acontecimiento, se inició en la Iglesia un camino de profundización en la comprensión del sentido personal y social del trabajo. Un camino no exento de dificultades y conflictos, dada la radicalidad de la lección que comenzaba a asentarse en la conciencia católica: que era necesario avanzar desde la noción de caridad, siempre necesaria y fundamental, a una más clara reivindicación del sentido de la justicia. Que no bastaba, en otras palabras, con alivianar con la limosna —por más generosa y sincera que esta fuera— las penurias de las masas proletarias, sino que era además, y sobre todo, urgente restituirles sus derechos y el reconocimiento de su dignidad personal. Un camino largo que se ha expresado en el Magisterio social pontificio a través de todo el siglo XX, pasando por la Constitución *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II, la encíclica *Laborem exercens* de Juan Pablo II y los documentos de las Conferencias Generales del episcopado latinoamericano, hasta llegar a la espléndida síntesis del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia (2005).

Pero no ha sido sólo una historia de Magisterio social, sino también una historia de búsquedas, con aciertos y desaciertos, avances y retrocesos, claridades y oscuridades, que han vivido muchos cristianos en la complejidad de los tiempos cambiantes, en la senda de la encíclica *Rerum*

novarum.³ En Chile debemos reconocer en la primera mitad del siglo XX una rica y variada tradición de “católicos sociales” que han dejado huellas profundas —y también diversas— hasta hoy.⁴ Una historia de opciones concretas y muchas veces eclesialmente controvertidas, pero siempre desde una mirada de fe sobre la sociedad.

Recientemente el documento de Aparecida ha recogido tal herencia, sintetizando algunas de las principales convicciones adquiridas por la conciencia eclesial en este camino. Destaco dos. El trabajo es una dimensión de la vida especialmente significativa para los cristianos, porque: a) “sirve no sólo al progreso terreno, sino también a la santificación personal y a la construcción del Reino de Dios” (DA, 120).⁵ Mejor dicho, recordando una formulación anterior del Concilio Vaticano II, porque “la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo”.⁶ El trabajo es una manera concreta y principal con que los cristianos podemos responder desde nuestra libertad al don de Dios manifestado en el anuncio del Reino por parte de Jesús. En estricto rigor, el Reino no lo “construimos”, es un don; pero exige de nosotros un asentimiento libre y activo, que se manifiesta en “la fe que actúa por la caridad” (Gál 5,6). Parte de esta adhesión activa es la dignificación misma del trabajador y del trabajo (DA, 121). Y b) el trabajo tiene una dimensión salvífica —y por eso teológica— porque, en su dimensión de cultivo del conocimiento científico y tecnológico, que ha contribuido a “prolongar la expectativa de vida y su calidad”, le ofrece al ser humano la oportunidad de enfrentar las grandes interrogantes de la existencia humana, en la medida en que la razón y la ética, entendidas integralmente, se abran a la iluminación de la Revelación de Dios y pongan a la persona humana y sus exigencias fundamentales como “el criterio ético” (DA, 124).

¿En qué sentido esta valoración del trabajo ha permitido redescubrir en él una fuerza auténticamente misionera, “evangelizadora”? A continuación esbozaremos unas breves reflexiones sobre este aspecto.

2. La dimensión misionera del trabajo

Como hemos dicho, todo cuanto el cristiano realice en el mundo puede ser misionero si está movido por un impulso “evangelizador”, es decir, de comunicación, con palabras y hechos inseparablemente, de la Buena Nueva del Reino manifestada en Jesús. La comunidad de los cristianos tiene sentido sólo en función y al servicio de ese gran proyecto. En esa perspectiva, la pregunta decisiva que la Iglesia debe hacerse en cada momento es si su actividad y su palabra son portadoras una buena noticia para el mundo en que está inserta. Es otra manera de preguntarse críticamente si la comunidad de los cristianos está respondiendo o no a su vocación de sacramento del Dios de Jesucristo.

³ Cf. F. Berríos, “La problemática social del trabajo como desafío a la misión de la Iglesia”, en M. Eckholt – D. Michelini (Ed.), *El trabajo y el futuro del hombre. Reflexiones sobre la crisis actual y perspectivas desde la encíclica Laborem Exercens*, Ed. San Pablo, Buenos Aires 2006, 123-152. (Publicado también en: F. Berríos / J. Costadoat / D. García (Ed.), *Signos de estos tiempos – Interpretación teológica de nuestra época*, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2008, 331-367).

⁴ Cf. A. Botto, “Algunas tendencias del catolicismo social en Chile: reflexiones desde la historia”, *Teología y Vida*, Vol. XLIX/3 (2008) 499-514.

⁵ Citando a *Laborem Exercens*, 27; 2Tes 3,10.

⁶ GS, 39.

Al plantear este cuestionamiento en el ámbito de la experiencia cristiana del trabajo, resultan especialmente iluminadoras algunas intuiciones básicas del Papa Juan Pablo II en su encíclica *Laborem exercens* (1981). En cierto sentido, toda esta encíclica es una decidida respuesta afirmativa a la pregunta por el potencial evangelizador del trabajo humano. En su parte introductoria sitúa la realidad del trabajo como “clave de la cuestión social” (n. 3), “en una línea de desarrollo orgánico de la acción y enseñanza social de la Iglesia”, a la vez que recogiendo sus “nuevos significados” y señalando “los nuevos cometidos que en este campo se brinda a cada hombre, a cada familia, a cada Nación, a todo el género humano y, finalmente, a la misma Iglesia” (n. 2). La segunda parte sienta las bases teológicas y antropológicas para la valoración del trabajo desde la centralidad de su sujeto, que es la persona humana. En seguida, en las partes tercera y cuarta, la encíclica se confronta con los principales aspectos sociales de su problemática histórica, especialmente en su configuración del conflicto capital-trabajo en la sociedad occidental. Finalmente, la quinta parte propone las líneas fundamentales de una “espiritualidad del trabajo”, en la que se concentra, no exclusivamente pero sí de un modo más explícito, la significación cristiana de esta dimensión de la existencia humana. En esta parte, la encíclica aborda el tema desde tres vertientes que confluyen: el significado del trabajo en relación a la obra del Creador (n. 25), el trabajo a la luz de la experiencia concreta de Jesús en el taller de Nazaret (n. 26) y, por último, el trabajo a la luz del Misterio Pascual (n. 27). De cada una de estas vertientes podemos extraer algunos elementos iluminadores para una comprensión misionera-evangelizadora de esta experiencia humana fundamental.⁷

Trabajo y creación

La comprensión del trabajo humano como participación histórica en la obra del Creador aparece ya en el número 4. El tema es retomado en la quinta parte, número 25 -*El trabajo como participación en la obra del Creador*-, que comienza citando a *Gaudium et spes* 34.⁸ En seguida el texto retoma una afirmación central del número 4 e insiste en la idea de que mediante el trabajo del hombre -imagen de Dios-, la Creación divina es “desarrollada” y “completada” en un proceso de gradual “descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado” (25,2). Este proceso es ligado a la obra de la Creación, descrita en el libro del Génesis como un “«trabajo» realizado por Dios durante los «seis días», para «descansar» al séptimo”. A través de esta reflexión la encíclica quiere destacar el hecho de que ya en el designio creador está presente la significación escatológica del trabajo, que va en la línea, ya señalada, de la vinculación entre el progreso intrahistórico que posibilita la actividad humana y el crecimiento del Reino esperado. Pues, si bien es necesario “distinguir cuidadosamente” ambas dimensiones, la primera, “en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios”⁹.

En ello radica, claramente, una clara potencialidad *evangelizadora* del trabajo. Y esto es —o puede ser— siempre así, aun cuando la misma mirada cristiana contiene una cuota de realismo que no

⁷ Para esta parte me apoyo en las reflexiones esbozadas en mi libro *Teología del trabajo hoy – El desafío de un diálogo con la Modernidad*, Anales de la Facultad de Teología, Vol. XLV, Santiago 1994, 144-152.

⁸ “Una cosa hay cierta para los creyentes: la actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios. Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a sí la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo.”

⁹ GS 39.

elude aquella cuota inevitable de penuria a la que la experiencia concreta del trabajo cotidiano suele estar asociada. A ello habría que agregar la mirada crítica que desde hace ya decenios se ha venido volcando sobre el tópico bíblico del “dominio“ de la creatura humana sobre el resto de la Creación (Gen 1,28), que para algunos habría sido una especie de soporte ideológico del antropocentrismo abusivo que ha hecho posible el arrasamiento de los equilibrios ecológicos en la sociedad moderna industrial.¹⁰ Por otra parte, hoy en día es creciente la conciencia cristiana de que la actividad humana y el progreso material a ella aparejada deben ejercerse en armonía con tales equilibrios, para poder ser así una “buena noticia“ para la humanidad y para el mundo en que ésta habita.

Jesús y el “evangelio del trabajo“

Laborem exercens tiene el acierto de vincular en la persona misma de Jesús la doble dimensión teológica del trabajo humano: participación en la obra creadora y participación en la obra redentora de Dios:

“Esta verdad, según la cual a través del trabajo el hombre participa en la obra de Dios mismo, su Creador, ha sido particularmente *puesta de relieve por Jesucristo*, aquel Jesús ante el que muchos de sus primeros oyentes en Nazaret «permanecían estupefactos y decían: «¿De dónde le viene a éste tales cosas, y qué sabiduría es ésta que le ha sido dada? ... ¿No es acaso el carpintero? En efecto, Jesús no solamente lo anunciaba, sino que ante todo, cumplía con el trabajo el «evangelio» confiado a él, la palabra de la Sabiduría eterna. Por consiguiente, esto era también el «evangelio del trabajo», pues *el que lo proclamaba, él mismo era hombre del trabajo*, del trabajo artesano al igual que José de Nazaret.” (n. 26).

La insistencia de Juan Pablo II en este punto es que en los evangelios Jesús es presentado como alguien que "pertenece al «mundo del trabajo», (que) tiene reconocimiento y respeto por el trabajo humano... (y que) *mira con amor el trabajo*, sus diversas manifestaciones, viendo en cada una de ellas un aspecto particular de la semejanza del hombre con Dios"¹¹. En esta perspectiva es que el trabajo humano puede ser visto a la luz del misterio de la Encarnación. Es una manifestación más, y central, de la radicalidad de la asunción de lo humano por parte de Dios en Jesús. Y marca también, con ello, lo que debe ser el sello de la acción evangelizadora: el impulso encarnatorio, la asunción real y comprometida de todo lo humano para disponerlo a la acogida del anuncio del mensaje de Jesús y el reconocimiento de la bondad fundamental de todo lo creado.

Lo que el Maestro vivió cotidianamente, primero en el taller de artesano y luego consagrado a la “obra“ del anuncio del Reino, alcanzará su máximo sentido en su muerte y resurrección. Y con ello, todo lo humano asumido alcanzará también su pleno sentido en la exaltación pascual.

Trabajo y Misterio Pascual

El trabajo es un hecho concreto, una experiencia necesaria y cotidiana que ocupa la mayor parte de la vida de los hombres y mujeres y que está marcada con un sello de sudor y fatiga. Con esta

¹⁰ En Europa fue célebre la publicación, en 1972, del libro de C. Amery, *Das Ende der Vorsehung. Die gnadenlosen Folgen des Christentums* (=El fin de la Providencia. Las desgraciadas consecuencias del cristianismo). En este libro, como en otros trabajos de la misma época, se afirma que la racionalidad arrasadora de la ciencia moderna es una "extrapolación" de la teología bíblica de la naturaleza, por la vía de llevar hasta sus últimas consecuencias el mandato divino: "someted la tierra, dominad..." (Gén 1,28). En Chile se publicó otro libro que postula más o menos esta misma tesis: J. Van Kessel - D. Condori, *Criar la vida: trabajo y tecnología en el mundo andino*, Santiago 1992.

¹¹ *Loc. cit.* En relación a las numerosas alusiones de Jesús al mundo del trabajo y a diversos oficios en sus parábolas sobre el Reino, Cf. especialmente *id.*, 26,2 y sus notas 44 a 70.

consideración comienza Juan Pablo II el último acápite de la encíclica *Laborem exercens*, "el trabajo humano a la luz de la cruz y resurrección de Cristo". Lo decisivo aquí es captar cómo y en qué sentido esta experiencia universal puede ser para el cristiano un modo concreto de participación en el acto redentor de Cristo. En este punto, me permito remitir a unas reflexiones que he plasmado en otro lugar¹²:

“La lectura teológica que el documento hace de la experiencia universal de la fatiga en el trabajo, se inscribe entre dos polos: por una parte, la comprensión de esa fatiga como fruto de la primera caída en el pecado y de la consecuente maldición¹³. Esa maldición y la penuria en el trabajo que lleva aparejada, es presentada en el texto bíblico en claro contraste con "la originaria bendición del trabajo contenida en el misterio mismo de la creación" y que estaba unida a la condición del hombre como imagen de Dios¹⁴. De ese modo, esta penuria deviene "el anuncio de la muerte"¹⁵.

Por otra parte está el polo del misterio pascual de Jesucristo, en el cual "el Evangelio pronuncia, en cierto modo, su última palabra"¹⁶. Y esa palabra es ante todo el testimonio de la "obediencia" de Cristo hasta la cruz, que San Pablo contrapone a aquella "desobediencia de un solo hombre (por la cual) todos fueron constituidos pecadores"¹⁷. A partir de aquí, la reflexión desarrolla fundamentalmente la idea de que mediante la experiencia del trabajo el hombre puede participar de la obra redentora, del mismo modo como se ha deducido del designio original el llamado a participar de la obra divina creadora.

Esto aparece especialmente claro en relación a la experiencia del sudor y la fatiga en el trabajo: soportándola "en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad"¹⁸. Pero si bien es cierto el trabajador puede manifestarse como "verdadero discípulo de Jesús llevando a su vez la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar"¹⁹, hay que ser cautos en la aplicación de esta interpretación, ya que ella no puede aplicarse cuando lo que hay detrás de esa 'cruz' es una situación de injusticia, vale decir, de pecado. En su formulación acrítica, esta referencia ha favorecido históricamente ciertas formas de lectura religiosa de la realidad social totalmente ideológicas²⁰.

Un asociarse del discípulo, con su trabajo, al misterio pascual de Jesucristo será, por tanto, una buena noticia, un verdadero acto de evangelización del mundo, si en alguna medida puede reproducir el acto de entrega solidaria de Jesús y, a la vez, ser una señal, una auténtica "cruz" en medio del Gólgota en que se sacrifican a las víctimas de la historia. Esto es lo que debe esperarse de cada cristiano y de toda la Iglesia hoy.

Perspectivas

Estas breves referencias a algunas intuiciones centrales de la encíclica *Laborem exercens* han pretendido ser un ejercicio de relectura a la luz del impulso misionero del documento de Aparecida, en aplicación a la compleja realidad del trabajo.

¹² F. Berríos, *Teología del trabajo hoy...*, 151s.

¹³ Cfr. Gén 3,17.

¹⁴ *LE* 27,1. Por esto, es incorrecta la interpretación de Gén 3,17-19 en el sentido de que el trabajo en sí mismo habría devenido un castigo por el pecado. Con este supuesto errado parte el artículo de J. M. Gómez., *El trabajo en el marco del reino de Dios*, *Vida Religiosa* 5 (1980), 343-352.

¹⁵ *Loc. cit.*

¹⁶ *Ibid.* 27,2.

¹⁷ Cf. Rom 5,19, citado en *loc. cit.*

¹⁸ *Ibid.* 27,3.

¹⁹ *Loc. cit.*, con una referencia a Lc 9,23.

²⁰ W. Klein, *Arbeiten für eine menschlichere Welt. Zur Theologie der Arbeit in Laborem exercens*, en W. Klein-W. Krämer., *Sinn und Zukunft der Arbeit. Konsequenzen aus Laborem exercens*, Mathias-Grünewald-Verlag, Mainz 1982, 73-84, 82.

El esbozo de estas reflexiones ha quedado, evidentemente, abierto a ulteriores profundizaciones y replanteos. Pero han sido bosquejadas en una conexión explícita con la rica tradición que en la Iglesia se ha ido construyendo a través de los siglos — y sobre todo a partir de la encíclica *Rerum novarum*— para una comprensión más profunda y más integral de la experiencia humana fundamental que es el trabajo, sobre todo en el marco de las condiciones sociales que lo rigen en su ejercicio cotidiano.

En esta historia de aprendizajes la Iglesia ha podido ir integrando cada vez más el significado del trabajo con el sentido más profundo de la existencia humana y su enraizamiento en el misterio del don de Dios en Jesucristo. La teología del siglo XX redescubrió la centralidad de la historia en la concepción cristiana de la salvación y, con ello, pudo también redescubrir el sentido de la actividad humana en general y del trabajo en particular, como forma efectiva de realización de la misión cristiana: servir al Reino en el servicio del mundo y sobre todo de los que están en sus márgenes.

Tal vez la gran lección pendiente de los cristianos del siglo XXI sea reconocer y ahondar en las potencialidades de una experiencia discernida del trabajo de todos los días, como acto de encuentro con Dios, con el otro y con el mundo natural, que requiere de una nueva mirada humana para ser, como siempre pero en una dimensión a la vez nueva, la morada de hombres y mujeres que preparan en ella su morada eterna.